

Retrato de Verlaine

Manuel López Pérez

"Verlaine.... Paul Verlaine.... el más grande poeta del mundo.... el dios de la Poesía".... Tales son las entusiastas palabras con las que don Enrique Gómez Carrillo, el sin igual cronista guatemalteco, inicia el capítulo séptimo de su libro EN PLENA BOHEMIA, segundo TREINTA AÑOS de MI VIDA y XVI de las Obras Completas editadas por Mundo Latino. ¡Paul Verlaine!, exclamamos nosotros. Y tratamos de recordar la ocasión en que por primera vez tuvimos noticia del célebre poeta de Francia. Y como proveniendo del fondo de una esfera mágica y aflorando a la superficie, se nos presenta el cuadro; un salón de clases de la Escuela Normal, en la siempre-hermosa Morelia; un maestro de Literatura que habla de "los poetas malditos" que bebían ajenjo y a pesar de ello eran geniales artistas que lo mismo desafiaban a las costumbres con su vida "escandalosa" que a la preceptiva y a las Academias con su rebeldía de capitanes de la renovación poética. Más tarde cayeron a nuestras manos varios libros: Cien Hombres Célebres, de Juan José de Soiza Reilly; Le Lys Rouge, de Anatole France y EN PLENA BOHEMIA, de Gómez Carrillo. Deben haberse puesto a nuestro alcance algunas informaciones más, probablemente, pues la inseguridad nace de que no somos lectores profesionales de nada. En la obra del irrespetuoso argentino, encontramos un retrato-fotografía del autor de las FIESTAS GALANTES, ilustrada con textos sugerentes y de agresiva significación. El escritor del traje a cuadros visita los cafés que solía visitar el célebre poeta; encuentra la mesa en que se sentaba, conservada como reliquia y cuya cubierta se encontraba rayada con toda clase de instrumentos punzo-cortantes. Las rayas eran grosera escritura — grosera en todos sentidos—, pues se podían leer textos como éstos: Verlaine era..... (hay una mancha, anota Reilly); Verlaine era un.... (hay un borrón, vuelve a explicar don Juan José). En la mencionada obra del señor Francia, el protagonista es un poeta que mucho se parece al Pauvre Lelian, según los retratos literarios que han circulado por el mundo. Se habla de su candor, de su raro y singularísimo sentido religioso, de sus gustos vulgares (dignos poco exigentes en materias y ocasiones galantes) y de su poesía inigualable, en la que se constatan las notas de su personalidad y se concreta su fisonomía respecto a las creaciones de su numen. Era, pues, poeta, porque era religioso: pecaba para arrepentirse, como algunos bebedores lo hacen para tener el placer de curarse los efectos molestos de la embriaguez. De esencia mística son estas líneas tomadas de la Azucena Roja:

"D. La Provincia
n. 19. 7 nov. 1972. Morelia.

Retrato de Verlaine.

Por nuestro hermano rojo, dulce y terrible, el fuego
y nuestra hermana el agua, pura en el manantial.

La tercera referencia, perfectamente recordada, es la
del "mago de las presas sedeñas", según el bardo michoacano, Gregorio Ponce de León, llamó a Gómez Carrillo.

Hablan don Enrique y Alice —la rubia novia de Garay, paisano del cronista, a quien el encuentro de éste con ella, había de costar el fracaso y la vida—:

... Ahora soy estudiante.

— ¿De qué?

— De locuras ... Figúrese usted que me consagro en cuerpo y alma a las letras ...

— ¿Es usted poeta?

— En prosa.... ¿Le doy a usted lástima como a su novio, que se burla de los literatos?

— No, señor.... Yo no soy igual que él.... Yo admiro a los literatos y tengo amigos que escriben. Hasta UN GRAN POETA TENGO que me quiere mucho, (la subraya es nuestra).

Y para presentarle al poeta, después de una iniciación en el Polidor y de un paseo por el Luxemburgo, la linda rubia, en compañía de su novio, el Dr. Garay, echó a andar hacia el café de los bohemios.

Garay, durante el tránsito, explicó que había conocido al poeta en el Hospital de Brussais y que conquistó su estimación, porque le obsequiaba tabaco para su pipa y cognac para sus tisanas.

— Me llama don José y me invita a una copa. Me ha hecho tomar un vaso de ajenjo. El los bebe por docenas. En su presencia se hizo un día el impresionante experimento inyectando a un cerda aceite esencial de ajenjo. Murió el cochino y el poeta sólo comentó:

— Me parece que eso no demuestra sino una cosa que ya sabíamos todos, y es a saber; que el ajenjo no está hecho para los cochinos.

Garay, al concluir la narración de la anécdota, remató así su exposición:

— Te prevengo, Enrique, que ahora estará borracho.

En el café —dice textualmente Gómez Carrillo— casi desierto, ornado de armaduras de acero que se erguían lanza en ristre en los ángulos, en una mesa, en el fondo, un hombre extraño, calvo, barbudo, de faz leonina y socrática, leía atentamente un periódico.

De La Provincia
Nº 19 7 Nov. 1972 Morelia
Retrato de Verlaine

Luego, "el viejo riendo con una risa de fauno que le arrugaba la nariz chata, invitó a sentarse y pidió cerveza para todos.Des bocs pour tout le monde. Nom de Dieu....). Había algo en él, algo de terrible y algo de clownesco. Sus cejas parecían las de un viejo Pierrot salvaje. Sus ojos en cambio, sus pequeños ojos halagadores, tenían fosforescencias felinas. De su boca, escondida bajo un bigote lacio, no se veía más que la sonrisa: una sonrisa infantil e irónica. Su cráneo, desnudo y abollado, hacía pensar en los bustos de Galeno que decoran las farmacias provincianas. Sus gestos, en fin, eran truculentos, amenazadores y cómicos cual los de un polichinela que quisiese inspirar miedo al señor comisario".

El cronista, más adelante, vuelve a insistir en caracterizar los ojos del poeta, y los llama "escudriñadores y oblicuos" y "bohemio calvo, agrio, feo, viejo, desagradable". "La figura de Verlaine llamaba la atención por lo pitoresca y lo desordenada. Aquella noche llevaba una bufanda gris sobre el abrigo de esclavina negro, un chambergo de amplias alas informes y un garrote torcido".

Coincide la descripción que se ha venido esbozando en las líneas anteriores con el retrato fotografía que nos presentó Reilly. Pecaba para arrepentirse y se arrepentía para cantar, para hacer poesía.

La noche en que lo conoció Gómez Carrillo, no sabía quién era: Lo oyó hablar con Garay. Entusiasmado, expuso al médico su descubrimiento: cómo pesar las almas. Con sencillez se mostró genial, y cuando por fin, al llegar a la puerta de la casa de sus amigos anfitriones, don Enrique supo de quién se trataba, exclamó: Verlaine.... Paul Verlaine.... el más grande poeta del mundo.... el dios de la Poesía. Palabras con las que iniciamos este apunte, conjugando los textos de Gómez Carrillo de tal modo que resulten un resumen y con él un boceto de la fisonomía del inmortal parnasiano, el retrato fundamentalmente físico del que escribió Segesse, La Bonne Chanson, Poemes Saturniens, Paralellement, suscitando debates entre nos y simbolistas.

Lo que el pobre Garay le pareció una locura, la posibilidad de pesar las almas, fue motivo de experiencias para el par de médicos norteamericanos, Sproule y Macdonagalle que "se apropiaron la báscula del viejo bohemio parisense".

Deseaba una pensión para vivir tranquilo, y un lasito rojo para el ojal de su americana (presea de la Legión de Honor). Francia no le dio ni una ni otra cosa por bohemio.

Retrato de Verlaine

mento inyectando a un cerda aceite esencial de ajenjo. Murió el cochino y el poeta sólo comentó:

—Me parece que eso no demuestra sino una cosa que ya sabíamos todos, y es a saber; que el ajenjo no está hecho para los cochinos.

Garay, al concluir la narración de la anécdota, remató así su exposición:

—Te prevengo, Enrique, que ahora estará borracho. En el café —dice textualmente Gómez Carrillo— casi desierto, ornado de armaduras de acero que se erguían lanza en ristre en los ángulos, en una mesa, en el fondo, **un hombre extraño, calvo, barbudo, de faz leonina y socrática**, leía atentamente un periódico.

Luego, “el viejo riendo con una risa de fauno que le arrugaba la nariz chata, invitó a sentarse y pidió cerveza para todos, (...Des bocs pour tout le monde. Nom de Dieu....). Había algo en él, algo de terrible y algo de clownesco. Sus cejas parecían las de un viejo Pierrot salvaje. Sus ojos en cambio, sus pequeños ojos halagadores, temían fosforescencias felinas. De su boca, escondida bajo un bigote lacio, no se veía más que la sonrisa: una sonrisa infantil e irónica. Su cráneo, desnudo y abollado, hacía pensar en los bustos de Galeno que decoran las farmacias provincianas. Sus gestos, en fin, eran truculentos, amenazadores y cómicos cual los de un polichinela que quisiese inspirar miedo al señor comisario”.

El cronista, más adelante, vuelve a insistir en caracterizar los ojos del poeta, y los llama “escudriñadores y oblicuos” y “bohemio calvo, agrio, feo, viejo, desagradable”. “La figura de Verlaine llamaba la atención por lo pin toresca y lo desordenada. Aquella noche llevaba una bufanda gris sobre el abrigo de esclavina negro, un chambergo de amplias alas informes y un garrote torcido”.

Coincide la descripción que se ha venido esbozando en las líneas anteriores con el retrato fotografía que nos presentó Reilly. Pecaba para arrepentirse y se arrepentía para cantar, para hacer poesía.

La noche en que lo conoció Gómez Carrillo, no sabía quién era: Lo oyó hablar con Garay. Entusiasmado, expuso al médico su descubrimiento: cómo pesar las almas. Con sencillez se mostró genial, y cuando por fin, al llegar a la puerta de la casa de sus amigos anfitriones, don Enrique supo de quién se trataba, exclamó: Verlaine.... Paul Verlaine.... el más grande poeta del mundo.... el dios de la Poesía. Palabras con las que iniciamos este apunte, conjugando los textos de Gómez Carrillo de tal modo que resulten un resumen y con él un boceto de la fisonomía del inmortal parnasiano, el retrato fundamentalmente físico del que escribió Segesse, La Bonne Chanson, Poemes Saturniens, Paralellement, suscitando debates entre nos y simbolistas.

Lo que el pobre Garay le pareció una locura, la posibilidad de pesar las almas, fue motivo de experiencias para el par de médicos norteamericanos, Sproule y Macdonagalle que “se apropiaron la báscula del viejo bohemio parisiente”.

Deseaba una pensión para vivir tranquilo, y un lasito rojo para el ojal de su americana (presea de la Legión de Honor). Francia no le dio ni una ni otra cosa por bohemio.

S. La
Provincia
7 nov.
1972

El retrato
de Verlaine